

JOSE MARTI: lugar de la poesía

Osmar Sánchez Aguilera

*A Julio Ramos
A mis amigos y alumnos merideños*

«Cuando digo poesía hablo del hombre»
A. Primera

«Sólo el examen detenido y amoroso de la razón y el curso de esta poesía augural puede ofrecernos la estatura del hombre que la escribió»

J. Marinello

Omnipresencia es quizás el término que mejor idea ofrece del lugar que correspondió a la poesía en el conjunto de la obra escrita de José Martí.

Presente ella en casi todos los otros géneros discursivos que él practicara, y presente, asimismo como cuerpo textual autónomo en ese conjunto durante no menos de 25 años, la

poesía, fue entonces, como un color de fondo, o como una sombra indeleble que, con mayor o menor intensidad, abarcó el vasto mapa configurado por la producción escritural martiana. Lo que no es poco decir en conocimiento de la amplitud y diversidad de ese mapa, y sobre todo, tratándose de un hombre cuya vida —y escritura— tuvo por centro, o cuando menos por marca supraordenadora, una destinación de índole política.

En un continente literario —como el de Hispanoamérica— donde una caracterización semejante induce o suele inducir a pensar de inmediato en escritores como Julián del Casal, Rubén Darío, Herrera Reissing, Lezama, Alejandra Pizarnik,... por el insuperado ejemplo que brindan sus respectivas obras de centralización o valorización de la poesía, y dedicación absorbente a ella, puede causar extrañeza su aplicación a quien por haber priorizado la actividad en terreno político directo, se le supone (o supondría), si no desentendido, al menos inmunizado contra esa vocación usualmente arrolladora.

Sin embargo, he aquí que ese mismo hombre participante desde 1880 en la preparación de los principales movimientos independentistas cubanos, organizador de un partido político avanzado, y articulador de un proyecto libertario que no se limitaba a un solo país ni a la mera obtención de su independencia del ocupante extranjero, participa, asimismo, entre los primeros, en el advenimiento de una nueva época literaria y cultural —la inconclusa modernidad hispanoamericana— en condición de sujeto activo de una escritura: como prosista y como poeta; sigue tan de cerca como el más interesado la evolución de la literatura —y específicamente de la poesía— en los principales centros culturales entonces dentro de la tradición occidental; y por si fuera poco, promueve y defiende la necesidad y dignidad de la poesía, como el más devoto de ella.

Por encima de las ineludibles tensiones y desaveniencias más o menos circunstanciales entre ambas facetas en la práctica (social y textual) martiana, continúa siendo motivo de asombro la excepcional unidad de ellas, el intercomunicado desarrollo de sus cauces paralelos, así como el nivel de calidad y la envergadura a que él los lleva.

Para dar razón válida de tan singular unidad habrá que apelar una y otra vez al sustrato común que propociona el hombre de sensibilidad humanísima, el humanista cabal, interesado en virtud de ello mismo en humanizar la residencia temporal del nacido hombre; quien, al estar muy bien dotado, además, para la práctica literaria-artística —en muestra mayor de la radicalidad y fineza de aquella—, no puede impedir la realización de esa sensibilidad protoplasmática en ambas dimensiones, la inevitable actividad política, y la —de otro modo y por motivos menos conscientes— también inevitable praxis de la poesía.

Por lo que respecta a las circunstancias externas moldeadoras finalmente de esa sensibilidad y beneficiarias virtuales de su probable ejercicio, es interesante comprobar cómo la cultura (en sentido lato, y en sentido estricto) viene a ser el campo operatorio que, al propiciar y convocar la acción de ambas dimensiones de esa sensibilidad fundadora, posibilita considerablemente la manifestación de su unidad de fondo.

Como lo he sostenido en otra ocasión:

«Acaso sea el de la cultura —o al menos como ningún otro, el de la cultura— el ámbito nodal de toda la actividad escrita y no escrita de José Martí; el ámbito alrededor del cual se verifica, y se hace comprensible, asimismo, la asombrosa unidad del poeta y del político, del gustador

fino del arte y del luchador consagrado a la fundación de la patria. Cultura es la entraña inseparable de la patria; patria no es concebible sin cultura. Concedor de esto, el político y humanista vela por ambas. Porque es un poeta dotado, con su admirable labor en la literatura particularmente, llega a ser un contribuyente de primera a la cultura en sentido estricto; en sentido lato, indisociable de la nación que en ella se identifica y con ella se crea, su contribución a la cultura es también de primer rango con su labor fundacional de la patria en terreno sociopolítico. Por demás, ambas dimensiones de cultura (como las de su personal sensibilidad) interactúan, se condiciona recíprocamente, dialogan» ⁽¹⁾

¿Acaso no fue este mismo hombre quien, en muestra inequívoca de lo natural que se daba en él aquella unidad rara en una sola vida, sentenciara que: «Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual»? Fijar en la memoria este principio-clave, esta idea que ilumina como pocas el pensamiento total del que procede, me exime de intentar otras reinscripciones.

Por sensibilidad natural, Martí fue poeta: por sensibilidad también, naturalizada desde temprano ante sus vivenciales experiencias sociopolíticas en Cuba, derivó él progresivamente hacia la actividad política en tanto vía inexcusable para la superación de aquellas. La realización de su vocación poética, por lo mismo que individual, placentera, y de un radio de acción limitado por esas mismas circunstancias sociopolíticas a superar, será pospuesta a la realización de su «deber público», eminentemente político y con notable espíritu ascético. («No hay gozo privado que emancipe al hombre, criatura y compuesto de su pueblo, de su deber público.», escribiría él en 1893). De cualquier modo, que mantuviera el ejercicio de su vocación poética —y además con la dignificación que él lo hace—, una

vez concientizada la jerarquía operacional de la actividad política, es índice de un enraizamiento, de una peculiar dependencia de él respecto de ese discurso.

Esta «jerarquización martiana de la actividad política strictu sensu, habida cuenta del carácter determinante que habrían de tener sus efectos en todos los planos de actuación del hombre, es lo que lo lleva a privilegiar en su praxis escritural géneros (de mayor capacidad de servicio) como la oratoria, el artículo, la crónica, el ensayo, en detrimento —al menos editorial— de la poesía, género nocturno que sin embargo sigue practicando, además de irradiar con él aquellos otros⁽²⁾. Compartir la concreción de esa su singular sensibilidad entre ámbitos usualmente desencontrados conllevará también tensiones (hacia el interior del texto), así como el trazado de lo que pareciera toda una estrategia editorial desfavorecedora de la poesía (publicados sólo 2 cuadernos de 15 y 46 poemas cada uno, de entre una reserva con material suficiente como para triplicarlos). En cambio, le exonerará de incurrir, ya en su madurez, en la frecuentada tentativa —sobre todo en escritores de notoria orientación política— de subordinar el discurso de la poesía a preocupaciones y funciones que estaban mejor encauzadas en la acción y/o en canales discursivos (más) propiciadores de la actividad política; además de impulsarle a la búsqueda de modos textualizadores capaces de registrar sin perjuicio de su imagen (pública) entonces su debatida interioridad plena.

Estas consideraciones más bien generales facilitan el propósito de delimitar cuanto pueda esclarecer el lugar que correspondió a la poesía en el vasto mapa configurado por la expandida (a pesar de las restricciones autoimpuestas) vocación escritural martiana. Como que varias fueron las maneras de presentarse ella, la poesía, en ese corpus textual, varios son

los frentes o aristas a contemplar para cubrir particularizadamente aquel objetivo. La poesía como objeto de reflexión desde otros cauces discursivos (I) conformaría por derecho propio uno de esos frentes que validarían el uso del término «omnipresencia». Otro lo constituiría la poesía como marca estilística de los restantes discursos practicados por Martí (II); y un tercero sería el de la poesía como género en sí mismo, en sus soportes expresivos habituales (III). Para mejor fundamentar la referida omnipresencia cabría aún hablar del aspecto figurativo-imaginario del pensamiento martiano mismo, en el que no es menos constatable la presencia modeladora de la poesía. Así, p. ej., suscribe él que Pérez Bonalde «ha escrito un canto extraordinario y resplandeciente del poema inacabable de la naturaleza»; o que al «poema de 1810» —i.e, a la gesta emancipadora hispanoamericana con epicentro cronológico en ese año— le faltaba una 'estrofa», en alusión a la todavía colonizada Cuba.

La elevada frecuencia con que aparecen reflexiones acerca de la poesía (el poema/el poeta) en la suma escritural martiana es asunto que ha llamado la atención a no pocos de sus lectores. Eugenio Florit, p. ej., ha observado al respecto que «no son muchos los escritores que se hayan preocupado tanto como éste por desentrañar y tratar de expresar lo que sea el fenómeno poético».⁽³⁾ Mientras que el profesor Rivera-Rodas, por su parte, ha sido más enfático: «hasta Martí, ningún otro poeta había demostrado como él estudio y reflexión respecto a la creación poética»⁽⁴⁾ Sintomática de la situación epocal de la poesía (la literatura) en el nuevo o redefinido campo discursivo que se configura en Hispanoamérica desde su entrada en la modernidad, esta fijación casi obsesiva en la poesía, revestida además de capacidades y funciones que le son exclusivas, devela no menos un interés personal muy hondo por ella, como si en la de ese discurso —más que en ningún otro— estuviera

en juego su propia suerte. Necesitada la emergente institución literaria de afirmación en esa «época de incubación y de rebrote, en que, perdidos los antiguos quicios, andamos como a tientas en busca de los nuevos», y en la que «no priva más arte que el de llenar bien los graneros de la casa», Martí se la prodiga, aun cuando no deje de advertir los riesgos de la «excesiva instrucción literaria» para la América que desea.

Sumamente significativa es la defensa de la necesidad - dignidad de la poesía en esa misma época que parece empeñarse en negarla o en cuestionarle su razón de ser, formulada por él en 1887 a propósito de Whitman, otro grande no valorizado entonces a quien él (rei-) vindica:

«¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gente de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquella les da el deseo y la fuerza de la vida».

Ante la rotunda suficiencia del aserto, no queda sino recordar que por esas mismas fechas el ideario político de Martí está entrando en su etapa de madurez plena y de cada vez más absorbente dedicación. En similar sentido, conviene reparar en cómo ese crecimiento fundamentado del activismo político suyo posterior a 1880 no presupone disminución ni empobrecimiento intrínseco de sus reflexiones sobre la poesía. En el sólido, variado y bien nutrido tomo que pudiera conformarse a partir de la recopilación de todas las referencias martianas acerca de la poesía en cartas personales, en discursos oratorios de manifiesta intención política, en ensayos de parecida

orientación, en crónicas, en apuntes fragmentarios, en prólogos, ...resaltaría más el enriquecimiento de aquellas a partir de esa fecha que parece delimitar su acceso a la madurez en una y otra dimensión. Textos de ineludible figuración en él, como «Poetas españoles contemporáneos» (1880), «El carácter de la Revista Venezolana» (1881), «Oscar Wilde» (1882), «Prólogo al Poema del Niágara» (1882). «Walt Whitman» (1887), «Heredia» (1888), «Poesías de Francisco Sellén» (1890), o «Julián del Casal» (1893), permitirían su rápida constatación.

Si en un comienzo es causa de asombro la simultaneidad con que van desarrollándose estas dos grandes facetas o dimensiones de la personalidad martiana, avaladas por la muy singular sensibilidad que las funda, y bajo el estímulo de un contexto sociocultural en el que no escasean ejemplos de convivencia de ambas facetas en una misma persona, como es el caso del maestro suyo Rafael María de Mendive, o de su modélico José María Heredia; en el cierre de esa su trayectoria resulta iluminante la pervivencia de aquella simultaneidad, incluso en los días de inminente consagración a los menesteres de la «guerra necesaria». Artículos como los dedicados a Julián del Casal («aquel fino espíritu», que «murió (...) y no lo llegamos a conocer»), o a los poetas de la guerra del 68, entre otras muestras de atención por la poesía publicadas en el órgano oficioso del Partido Revolucionario Cubano, el semanario **Patria**, argumentan sólidamente en favor de la hondura de su necesidad-creencia en la poesía.

La poeticidad (II) de la escritura martiana ha sido un rasgo advertido por la casi totalidad de los lectores suyos. Quizás corresponda a Marinello la mayor insistencia en este aspecto ciertamente caracterizador del perfil estilístico de José Martí: «el lirismo (que) sustenta, robustece y transforma la prosa inigualada»; «toda letra suya desemboca, lo mismo en la

estrofa que en el período, en un hecho poético»⁽⁵⁾. Muy notable en verdad es el infrecuente grado de poeticidad presente en géneros discursivos, como la crónica periodística, la oratoria, el ensayo, caracterizados hasta entonces más bien por su capacidad de servicio extraliterario y por su elevada referencialidad.

Esta presencia de marcas de poeticidad intensas en géneros tan distantes comúnmente de la institución literatura (artística), pone de relieve una irreprimible vocación de poeta en el sujeto escritor; la que no puede concretarse, al menos públicamente, en proporción directa a su raigalidad en él por las razones antes dichas o aludidas.

Pero esta capacidad irradiante de la poesía en la suma escritural martiana no es explicable sólo por la «condición lírica» del hombre que la ejerce; ella es develadora también de la resistencia que para practicarla recibe él, su portador, del contexto en que se inscribe. Ante la relativización e indeterminación que sufre y marca desde su nacimiento la literatura moderna hispanoamericana, con el conmocionador «reenquiciamiento y remolde» anexo a la reestructuración socioeconómica y redefinición de campos/funciones discursivos de la modernización capitalista en que ese mosaico de naciones se adentra —desigualmente— durante las tres últimas décadas del siglo XIX, los escritores emergentes desarrollarán diversas estrategias (auto-)legitimadoras, como afirmación y defensa de la surgente institución cuestionada⁽⁶⁾. Con la poesía por centro, la literatura intensificará sus marcas distintivas hacia el interior de su propio campo, y/o expandirá éstas hacia zonas periféricas o contiguas al radio comprendido hasta entonces por ella. En el caso particular de Martí, la poesía dejará su huella más o menos intensa, más o menos abarcadora, en cuanto terreno abarque su mapa escriturario.

Pero, «poeta siempre, habría de serlo más en el oficio de la poesía»⁽⁷⁾, en el ejercicio ya no parcial ni camuflado de esta que acaso constituya la fuente vibratoria de todo el mapa configurado por tan afinada vocación escritural (III).

Ismaelillo (1882), **Versos sencillos** (1891) y **Versos libres** (inconcluso, 1878? - 1890?) son los tres grandes hitos del itinerario poético martiano. Junto con los valores intrínsecos e histórico-literarios que han solido reconocérseles, cada uno de ellos permite seguir la realización de un destino poético sumamente peculiar, cuya concreción misma es prueba sobrada de su fatalidad; i.e., de su raigalidad. Al respecto, hay que leer las cartas de que Martí acompaña el envío de ejemplares de **Ismaelillo** a amigos y correligionarios suyos, para conocer de primera mano las aprensiones y resistencias de diversa índole que ha tenido y aún tendrá que superar aquella vocación para manifestarse (publicarse) en quien prefiere ser identificado como «poeta en actos» antes que como «poeta en versos».

Especialmente significativo por ello, al trasluz que brindan esas autolimitaciones y las que impiden tal vez la edición definitiva de **Versos libres**, son los versos inaugurales del testamentario **Versos sencillos**: «Antes de morirme quiero. Echar mis versos del alma»; y, sobre todo, el poema final: «¿Habré, como me aconseja,. Un corazón mal nacido, De dejar en el olvido. A aquel que nunca me deja?» La comprometida respuesta a esa sugerencia de apostasía: «O nos condenan juntos, O nos salvamos los dos», equivale ya al reconocimiento público de una vocación, y, acaso más, de un destino: el suyo de poeta. Pero, evidentemente, un poeta bien singular entre los varios grandes poetas de su momento en todo el ámbito abarcado por la lengua: dispone de un proyecto libertario que, aunque no somete ni extraña de sí misma a la poesía (según es habitual en estos casos), pasa por la historia, por el terreno

estrictamente (ideo-político, por el muy valorizado acto (extraliterario); lo cual marca necesariamente con otro signo la praxis textualizadora en que tal destino se concreta.

Llegados a este punto de nuestras consideraciones no estaría de más intentar un nuevo paso, otro comienzo: ante las notables ventajas inmediatas que a los fines priorizados por Martí ofrece la crónica, el artículo, el ensayo, la oratoria, la epístola, y similares cauces discursivos frecuentados por él con éxito, ¿qué razón de ser podía conservar la práctica (valorizada, además) de la poesía? La poesía, a no dudarlo, representa en este macrosistema escriturario, y comprende en la persona de su sujeto, algo más, algo que sólo puede fijar (realizar) ella.

Notas

- (1) Sánchez Aguilera, Osmar. Prólogo a **José Martí, político y poeta** (Valencia, Venezuela, 1992), de Salvador Morales y O.S. Aguilera.
- (2) Sánchez Aguilera, O.: *idem.*
- (3) Florit, Eugenio: «Versos de José Martí», en **Antología crítica de José Martí** (1960), preparada y prologada por Manuel Pedro González.
- (4) Rivera-Rodas, Oscar: «Martí y su concepto de poesía», en **Revista Iberoamericana** (137): 841-856, oct. dic. 1986.
- (5) Marinello, Juan: «Martí, poesía», en **Obras martianas**, Biblioteca Ayacucho, N° 130, Venezuela, 1987.
- (6) Ramos, Julio: **Desencuentros de la modernidad en América Latina (Literatura y política en el siglo XIX)**, Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 1989. Este sugerente y develador ensayo ha sido fundamental en las ideas que desarrollo (o, tal vez sólo parafraseo) sobre la estimación epocal de la poesía a fines del XIX, y las correspondientes estrategias de autolegitimación suya.
- (7) Marinello, J.; *idem.*